

El 'Día del Señor' y las 'Ordenanzas'

Jaime van H.

¿Ceremonias o celebraciones?

En medio de bastante confusión sobre el significado de “**el Día del Señor**” y su importancia para los cristianos, conviene descubrir lo que la Palabra revele al respecto.

Séptimo día

A los israelitas se les mandó guardar el “séptimo día” como “sábado” (es decir, como ‘día de reposo’). Por primera vez sale el mandamiento en Éxodo 16. Después se formalizó como el cuarto mandamiento de los “Diez”. Era la señal de que Israel, recién redimido de Egipto, era el pueblo especial del SEÑOR, en contraste con todas las demás naciones (los gentiles) con las cuales Dios *nunca* estableció tal pacto.

Así, más tarde, Dios se lo declara en Ezequiel 20: “*Los saqué de la tierra de Egipto..., y les di... mis días de reposo ('sábados'), para que fuesen por señal entre mí y ellos...*” Las naciones son muy nombradas en este capítulo, pero Dios con ellas NO tiene pacto, ni les da la señal del sábado. Tampoco el ‘sábado’ llegó a ser ‘señal’ para la relación que Dios tenía con Abel, Enoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, u otros, como Job por ejemplo, y no leemos nunca que alguno de ellos guardara el ‘sábado’.

Al mismo tiempo tenemos que reconocer la notable bondad que Dios manifestaba hacia sus criaturas. En su legislación, a través de Moisés, les dio, en cada siete días, un día para descansar. Ninguna otra nación o religión de la antigüedad tenía una provisión similar – “*Seis días trabajarás, y al séptimo día reposarás, para que descansen tu buey y tu asno, y tome refrigerio el hijo de tu sierva, y el extranjero*”. Hasta los esclavos y los animales tenían el beneficio de esta provisión.

En el NT

Los creyentes neotestamentarios eran todos judíos al principio. Desde su nacimiento guardaban el sábado – entre ellos estaban Jesús y los apóstoles. Pero se produce un cambio para la Ekklesia, a partir de la Resurrección y Pentecostés, un cambio que es progresivo. Los gentiles de Hechos 8 y 10, que no tenían costumbre de guardar ningún día sagrado, sirven como ejemplo en este sentido. El eunuco etíope es bautizado sin la menor referencia a que, desde ahora, guarde el sábado. Lo mismo pasa con Cornelio - soldado romano.

Los 12 apóstoles, los ancianos y demás hermanos de Jerusalén escriben una carta ‘oficial’ a los nuevos creyentes gentiles, es decir, a los que recién se han convertido a Cristo del paganismo y de la idolatría. El objeto de la carta es que en las nuevas congregaciones de razas mezcladas, no surjan motivos de escándalo para los hermanos judíos, causando así división. La carta encarga cuatro cosas para guardar, pero ninguna tiene que ver nada con el ‘sábado’, haciendo ver que ni para los creyentes judíos la no observancia del sábado hubiera sido un punto de fricción.

El Nuevo Testamento entero omite cualquier repetición del ‘cuarto mandamiento’ de Éxodo 20, y esto aunque los otros nueve mandamientos, sí, son repetidos.

Siglos I y II

El motivo de Pablo para asistir en las sinagogas en día de sábado, no era el de guardar ese día, tal como tenía costumbre antes de su conversión. Asistía porque Dios le abría la puerta de predicar el evangelio de Cristo a los judíos que allí se reunían en sábado. Del mismo modo, cuando estaba en Atenas, predicaba a los filósofos idólatras y se mezclaba con ellos. ¿Al hacer esto, abrazaba sus pensamientos y prácticas? Naturalmente que no.

Desde el principio la Ekklesia ha venido guardando el ‘domingo’, primer día de la semana - día en que resucitó Cristo -, como **‘día del Señor’**, no como bajo el yugo de una ley, sino para reunirse los hermanos, celebrando la resurrección de su Señor, y juntos comenzando una nueva semana en su servicio. Al mismo tiempo disfrutaban del descanso físico que proporcionaba este día. “*¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!*”

Un testimonio temprano, de Justino Mártir (mediados del siglo II), es el siguiente: “*Todos tenemos esa reunión en domingo, ya que es el primer día, en que Dios, transformando las tinieblas y la materia, hizo el universo; y Jesucristo, nuestro Salvador, resucitó de los muertos en el mismo día. Porque le crucificaron en el día antes del sábado, y en el día después del sábado apareció a sus apóstoles y discípulos y les enseñó estas cosas...*”

Un salmista, un apóstol

La expresión de “día del Señor” proviene de una de las más notables profecías del Antiguo Testamento: “*La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo. De parte del SEÑOR es esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos. Este es el día que hizo el SEÑOR; nos gozaremos y alegraremos en él*”.

El profeta habló de la resurrección de Cristo, marcando, ya en esa antigüedad, lo que para los seguidores del Resucitado sería “*el día que hizo el SEÑOR* (o: ‘*el día del Señor*’)”, para que ‘*se gozaran y se alegraran en él*’. El anciano apóstol Juan, exiliado y todo en la isla de Patmos, especifica que “*en el día del Señor*” estaba en el Espíritu. Que es cuando el Señor empieza a darle el maravilloso contenido del libro de Apocalipsis.

Escribiendo también su evangelio en esos tiempos, Juan recordaba muchísimos detalles de la resurrección de su Señor. Menciona una y otra vez el detalle de que la resurrección cayera en el “*primer día de la semana*” (el domingo). También que a los ocho días, de nuevo en domingo, el Señor se reuniera con los suyos, esta vez con Tomás presente.

Nótese especialmente el detalle añadido por Juan en su capítulo 21:14: “*Esta era ya la tercera vez* (entiéndase ‘el tercer día’) que Jesús se manifestaba a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos”. Por este detalle entendemos que Jesús apareciera los primeros dos domingos (20:1, 19, 26) y ¡dejó pasar el sábado! En ese séptimo día NO se reunió con los suyos.

De esa tercera ocasión en que apareciera, no sabemos en qué día de la semana cayera. Pero de ahí en adelante los discípulos cristianos han considerado que el primer día de la semana es, por excelencia, el día para reunirse con Cristo. Dejando al mundo que siga con su “Día del Sol” (‘Sunday’), para ellos, como para Juan en Patmos, es ‘Domingo’, **el Día del Señor**.

Testimonio del Creador

El Creador, al final de la primera semana de la historia, en el séptimo día, descansó – la (vieja) creación quedó terminada. Con la “nueva creación” es al revés - *comienza* con la Resurrección del Creador/Redentor en “**el día del Señor**” – es decir, en el “primer día” de la semana. Si Israel guardaba ese “séptimo día”, la Ekklesia tiene sobrado motivo para guardar el “primer día”, aunque ese ‘guardar’ cristiano sea de distinta índole que el ‘guardar’ de Israel.

Cristo sale victorioso del sepulcro en el “**primer día de la semana**”, y a las siete semanas el Espíritu Santo desciende del cielo - en el “**primer día de la semana**”. Son detalles de gran significado. Para captar la importancia que pueda tener el domingo para la Ekklesia, debemos tener en cuenta lo que establecen Hechos 2 y 20 y 1ª Corintios 16 – es decir:

- 1) Aquel, cuyo templo es la Ekklesia, viene a llenarla en domingo.
- 2) La primera reunión de la Ekklesia (la de Pentecostés) tiene lugar en domingo.
- 3) Su primera predicación (la de Pedro) ocurre en domingo.
- 4) Sus primeras conversiones (a Cristo) se producen en domingo.
- 5) Sus primeros bautismos (cristianos) se realizan en domingo.
- 6) Las congregaciones se reúnen para “partir el pan” en domingo.
- 7) Los creyentes apartan sus ofrendas para la obra del Señor en domingo.

El bautismo

En cuanto a lo que son las “ordenanzas” dadas a la Ekklesia, debemos establecer primero que el concepto de ‘sacramento’ (medio de gracia) es ajeno a la Palabra de Dios. El Señor entregó a los suyos dos ‘ordenanzas’. La primera es el “bautismo en agua” del nuevo creyente - símbolo de su sepultamiento y resurrección con Cristo.

El bautismo no se practica en bebés, sólo en quien haya sido verdaderamente convertido a Cristo. La voz “bautismo” es una transliteración del griego y significa “inmersión”. No se realiza más que una vez en la vida, a saber, en ese momento cuando el nuevo creyente da testimonio público de haber dejado atrás la ‘vida vieja’, y de ‘andar’ ahora en ‘vida nueva’ con Cristo.

Los que administran el bautismo, generalmente los ‘ancianos’ de la congregación, pueden fácilmente caer en el error en que casi cayera Samuel cuando estaba por ungir ‘Rey de Israel’ al que Dios no había elegido. La advertencia que Dios le da a Samuel es la misma que nos da a nosotros: “*No mires a su parecer., porque el SEÑOR no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero el SEÑOR mira el corazón.*”

En total dependencia de Dios los ancianos bautizan a los que son verdaderamente convertidos a Cristo. Si en nuestros días nos encontramos (casi) sin persecución del mundo, el bautismo puede resultar ‘fácil’ (aunque en otros países, como los musulmanes, el bautismo te puede costar la cabeza). De esta manera el deseo de ser bautizado pudiera ser asunto de conveniencia más que de profunda convicción y verdadera transformación. De ahí la gran necesidad de que los que efectúen el bautismo estén delante del Señor con mucha oración para poder ejercer el discernimiento necesario.

La Mesa del Señor

La segunda ‘ordenanza’ es la del “*partimiento del pan*” en la “*mesa del Señor*”. Todos los creyentes bautizados, y en comunión, participan del pan y de la copa. Normalmente esto será cada “*primer día de la semana*” y alrededor de una mesa. Con gozo vuelven a “*hacer memoria*” de Cristo, de su sacrificio y de su victoria - “*hasta que Él venga*”. Alrededor de esta mesa todos tienen oportunidad de compartir lo que, durante la semana, han recibido de bendiciones en la Palabra y por la “*comunión del Espíritu Santo*”.

Un pasaje del Salmo 145 describe bien lo que hacen los redimidos alrededor de la Mesa del Señor: “*celebran sus obras*”, “*anuncian sus poderosos hechos*”, “*en sus hechos maravillosos meditan*”, “*del poder de sus hechos estupendos hablan*”, “*publican su grandeza*”, “*proclaman su inmensa bondad*” y “*cantan su justicia*”.

Convergencia y divergencia

Entre ‘bautismo’ y ‘mesa del Señor’ hay un claro ***punto de convergencia***: en ambas ordenanzas el creyente da testimonio de la muerte de Cristo y declara que esa muerte es también *su* muerte.

Puntos de divergencia:

1. el bautismo se realiza una sola vez – la ‘cena’ muchas veces;
2. el bautismo tiene sentido de ‘iniciación’ – la ‘cena’ de ‘perseverancia’;
3. el bautismo es testimonio individual – la ‘cena’ congregacional;
4. el elemento del agua es aplicado exteriormente – los elementos de la ‘cena’ son ingeridos;
5. el acento del bautismo es *testimonio* de Cristo – el de la cena es *comunión* con Cristo y unos con otros.

Al pan, pan y a la copa, copa

En cuanto al “pan” de la “mesa”, no hay en el Nuevo Testamento ningún indicio de que el ‘pan’ sea algo más, o algo menos, que sencillamente ‘pan’. En cuanto a la “copa”, cuando el Señor la menciona, dice que de ella ‘beban’ todos, pero es notable que en ningún lugar ese líquido sea nombrado como ‘vino’. Entendemos que lo que fue usado *no* era ‘vino fermentado’ (alcoholizado), sino “*el fruto de la vid*” - mosto puro, *sin* fermentar. En contraste con el ‘vino fermentado’, el ‘mosto sin fermentar’ puede representar y simbolizar adecuadamente aquella preciosa y pura sangre de Cristo.

¿Comida o “bocado”?

En estos días se levantan ciertas voces que consideran que la “mesa del Señor” debe representar una comida completa, no un solo “bocado” y un solo “trago”.

Efectivamente, por las palabras de reprensión que Pablo dirige a los corintios, referente a los abusos que cometían cuando “*se reunían a comer*”, sabemos que, por lo menos en esa ciudad, la “*cena del Señor*” estaba relacionada con una comida en conjunto. Es probable que tal práctica fuera motivada por el hecho de que el Señor ‘instituyera’ la “*cena del Señor*” en la comida de la ‘pascua’ de los judíos, cuando la comía con sus discípulos. O quizás la idea de los corintios era la de un “ágape”, la ‘comida de amor’.

En esa congregación, sin embargo, las cosas habían degenerado hasta tal punto que no era ya raro que quienes “tuvieran hambre”, “se adelantaban” y se hartaban, “*avergonzando a los que no tenían nada*”. El amor entre hermanos se había desvanecido y las divisiones quedaron más pronunciadas que nunca. De edificante no tenía nada. Pablo dice: “*esto no es comer la cena del Señor*”. Es evidente que tampoco tenía que ver con la ‘pascua’ israelita.

Pascua vieja, Pascua Nueva

En la controversia sobre la “cena del Señor” - si es comida completa o no - hay un detalle determinante. Muchos, tal vez, olvidan que el Señor instituyera la ‘cena’ completamente al final de la ‘pascua’. Esto tuvo un claro propósito de demarcación entre lo viejo y lo nuevo. En virtud del ‘nuevo pacto’, la celebración del ‘viejo pacto’ (en la ‘pascua’) tuvo que *cesar* para siempre – no podía ser de otra forma. Por otra parte, los judíos que no aceptan el ‘nuevo pacto en la sangre de Cristo’, siguen celebrando la ‘pascua del viejo pacto’.

Habiendo, por última vez, comido la ‘pascua’, Jesús Mismo, acto seguido, realiza en su propia carne el perfecto sacrificio del “Cordero de la Pascua”. Hebreos 9 lo dice así: “*en la consumación de los siglos se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo*”. Y 1ª Corintios 5: “*Nuestra pascua (es decir, el cordero de la pascua), que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros*”. A través de los siglos que habían pasado, sólo se había conocido lo que era ‘figura’ de la realidad – pero ahora la ‘figura’ de la pascua *pasa* a dar lugar a la ‘consumación’ de la pascua. Es en este brevísimo intervalo, entre la ‘pascua vieja’ y la ‘Pascua Nueva’, la de su muerte en cruz, que Cristo instituye su “Cena”.

Pasado y futuro

La ‘pascua’ se comía *esperando* el Sacrificio perfecto del Cordero que *vendría*. La ‘cena del Señor’ se come *celebrando* el Sacrificio perfecto del Cordero que *ya vino*.

Teniendo presente el inconfundible contraste entre la ‘pascua’ vieja y la ‘cena’ nueva, no es difícil de captar que el bosquejo de Pablo en 1ª Corintios 11 (23-32), apunte a un carácter muy específico – un carácter de simbolismo y conmemoración. Ya no habla de ‘comida’ en términos generales, como lo hace cuando se dirige concretamente a los corintios – en los versículos anteriores de 20-22 y después en 33-34. Más bien, de 23 a 32, llama la atención, una y otra vez, a los dos ‘símbolos’ (pan y copa). Lo hace de tal manera concisa, que nadie puede concluir que esta ‘ordenanza’ deba entenderse como ‘detalle’ de una comida general.

- **Éx. 16:23-30; 20:8-11; 23:12; Dt. 5:15; 1º Sam. 16:6-7;**

S. 118:22-24; 133:1; 145:1-7; Ez. 20:10-12;

Lc. 22:18; Jn. 20:1; 19-29; 21:14;

Hch. 2; 4:10-11; 8:35-39; 10:47-48; 15:23-29; 20:7;

Ro. 6:3-4; 1ª Co. 5:7; 10:16-17; 11:20-34; 14:26-31; 16:1-2;

2ª Co. 13:14; Col. 2:12; Hb. 9:23-28; Ap. 1:10.